Nueva luz sobre la relación entre don Quijote y Sancho Panza

El Quijote como acto de leer

Nobuaki Ushijima

Hace más de medio siglo, el gran crítico francés Albert Thibaudet señaló que el Quijote es una novela cuyo protagonista es un lector de novelas y que es la crítica de la novela hecha dentro de una novela. El profesor Riley, gran autoridad de este tema en nuestro tiempo, ha indicado que el Quijote es un libro hecho de libros y además un libro sobre las posibles consecuencias de leer libros. Verdaderamente, la obra maestra de Cervantes es un libro sumamente libresco o literario, en el sentido de que está cargado de problemas acerca de libros y de temas literarios. Este aspecto del Quijote me ha cautivado tanto que, efectivamente, desde hace un par de años, he venido indagando nada menos que «las posibles consecuencias de leer libros», como dice el profesor Riley, en la profundísima e inagotable mina que constituye la novela cervantina. Y he topado con un mineral, no sé si precioso, pero por lo menos para mí reluciente. Y eso, gracias a la indispensable ayuda del zapapico teórico, o sea, el llamado «reader response criticism», especialmente de la teoría de Wolfgang Iser, líder de la llamada escuela de Constance.

Ahora bien, el núcleo de este modesto hallazgo mío, del cual voy a hablar sucintamente a continuación, consiste en considerar a don

Quijote como texto, a Sancho Panza como lector y a la novela misma como interacción que acontece entre texto y lector. Dicho de otra manera, el Quijote se considera aquí como una simbolización del acto de leer. Vamos a ver cómo se desarrolla esta suposición.

Don Quijote como texto

Como es bien conocido, la locura de nuestro hidalgo es muy peculiar. Esta peculiaridad de su locura es el punto de partida y merece una atención muy especial. El hidalgo manchego se había enfrascado, de día y de noche, en su lectura de libros de caballerías. Así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que «vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo». Este extraño pensamiento en que ha incurrido estriba en los siguientes tres puntos: creer que todo lo que ha leído son verdades históricas, creer que son factibles en el mundo contemporáneo y creerse otro caballero andante como los héroes aparecidos en los libros. Como se ve, los elementos constitutivos de la demencia de don Quijote son puramente librescos. En efecto, su cerebro estaba tan cargado de todo aquello que leía en los libros, que «todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído». Ya en su mente la ficción y la vida están completamente confundidas. Por eso mismo, recorriendo el mundo en busca de aventuras, se le ocurren, al menor impulso, las proezas de sus antecesores y trata de imitarlas. Además de esto, pregona a cada oportunidad la misión y las obligaciones de los caballeros andantes y su necesidad e importancia en el mundo. Por decirlo así, don Quijote es un libro o texto viviente y andante, o sea, la encarnación de los libros de caballerías. Más propiamente dicho, es la encarnación de Amadís de Gaula, siendo éste el caballero a quien don Quijote más estimaba y quería imitar fielmente en cuanto pudiera.

Ahora me veo precisado a añadir la locuacidad de nuestro caballero como un elemento más que asegura su calidad textual. Cualquier lector del Quijote, por muy ligero que sea, no puede dejar de notar que don Quijote es un gran hablador. Aun podríamos decir sin escrúpulo que no ha habido en la historia de la andante caballería caballero tan elocuente

y que gaste tantas palabras como él. Sin duda alguna, él es un caballero inaudito en su locuacidad. Si bien es verdad que le suceden a don Quijote muchas aventuras, sus acciones en ellas apenas se nos presentan detenida y minuciosamente. Por el contrario, don Quijote comenta y explica largamente sobre las aventuras y después de ser vencido en las batallas, se excusa de su fracaso y raras veces se enorgullece mucho de su victoria. Por consiguiente, don Quijote, aunque bien armado, es un caballero que habla y especula, más bien que actúa o lucha. Y esta abundante habla por parte de don Quijote es nada menos que el texto oral que está dirigido al lector iletrado que es Sancho Panza. En otras palabras, es el código que su escudero va a descifrar.

Sancho Panza como lector

Originariamente se considera que la recepción de los textos literarios se realiza de las siguientes tres maneras: leer en voz alta, escuchar la recitación y leer calladamente y cada una de ellas corresponde a la lírica, a la épica y a la novela respectivamente. Entonces, ¿cuál sería la forma por la que nuestro Sancho recibe el texto encarnado por la persona llamada don Quijote? Sancho Panza, que no sabe leer, recibe a su señor=texto, escuchándole recitar a sí mismo y observando su actuación o «performance». De modo que, cuando decimos Sancho=lector, es en el sentido del que descifra un conjunto de signos que componen las palabras y acciones quijotescas.

Pues bien, ¿qué tipo de lector sería Sancho para con su señor=texto? Nada contestaría mejor a esta pregunta que la opinión del mismo don Quijote sobre su escudero: «que en cuantos libros de caballería he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo». ¡Qué gracioso que el caballero más hablador en la historia le reproche a su escudero ser parlanchín! Esta verbosidad de Sancho Panza significa, según nuestro parecer, su reacción enérgica a las palabras y acciones de don Quijote. Efectivamente, al leer a su amo=texto, Sancho Panza reacciona activamente y de mil maneras: se admira, le contradice, aprende algo de él, le alaba e incluso riñe con él. Como se puede imaginar fácilmente, la disparidad entre el

mundo de don Quijote, quien encarna los libros, y el del ex labrador «de muy poca sal en la mollera» no podría ser más grande. Naturalmente, debido a esta distancia entre ellos, la tensión por parte del lector al tratar de entender el texto se hace muy aguda y grande. Sin embargo, el apego y la curiosidad de Sancho hacia don Quijote no amainan hasta el final, aunque el desarrollo de su relación con su amo está matizado de toda clase de vaivenes, de los cuales la esperanza y desesperanza son los indicios más destacados. Y valiéndose de su propia y flexible imaginación, Sancho recibe el texto plenamente, reacciona agudamente frente a él, tiene íntimo contacto con él y aun interviene en él. En resumen, Sancho es un lector muy activo y entrometido que empleando su imaginación establece una relación de persona a persona con su amo=texto y, gradualmente, ejerce influencia sobre él.

El Quijote como interacción entre don Quijote=texto y Sancho Panza=lector

Como he mencionado al principio, este ensayo mío sobre el Quijote se funda en la «teoría de la recepción» o «teoría del efecto» de Wolfgang Iser, según la cual una obra literaria es algo más que el texto, y el texto se concreta y se realiza como obra sólo por medio del acto de leer. El crítico alemán dice así: «Los modelos del texto sólo circunscriben en todo momento un polo de la situación de la comunicación. Por tanto, repertorio y estrategias solamente disponen al texto –cuyo potencial proyectan y preestructuran, pero que necesita de la actualización por medio del lector– para que pueda ser recibido. La estructura del texto y la estructura del acto, consecuentemente, constituyen los complementos de la situación de comunicación, que se realiza en la medida en que el texto aparece en el lector como correlato de la conciencia (...) Si el texto se completa en la constitución de sentido que debe ser culminada por el lector, entonces funciona primariamente como indicador de lo que hay que realizar y que por tanto todavía no puede ser lo producido». En resumidas cuentas, el texto prefigura la recepción por parte del lector, pero todavía no puede ser más que una existencia potencial o latente, que

sólo con la participación complementaria del lector se realiza y actualiza, convirtiéndose así en la obra literaria.

Aplicando esta teoría de Iser a nuestro caso, vamos a ver cómo Sancho=lector crea una situación de comunicación en colaboración con don Quijote=texto, y cómo la interacción de ambos produce una obra literaria inmortal. Por regla general, uno necesita tiempo para hacerse perito en su oficio, y Sancho Panza no fue de ninguna manera excepción. Esto quiere decir que también era necesario un poco de tiempo para que Sancho creciera y llegara a ser un lector activo y deseable. Se podría decir que el proceso de su gradual crecimiento, que se realizó a través del contacto sincero con su amo=texto, esto es, en la práctica de descifrar los signos quijotescos, corresponde al proceso del descubrimiento por parte de Cervantes de la posibilidad e importancia de Sancho Panza en su novela. Como señala el eminente cervantista inglés, P. E. Russel, en un reciente libro suyo, Sancho empieza a usar frecuentemente los refranes a partir del capítulo 19 y más o menos desde ese mismo tiempo se nos aparece como un oyente mucho más atento a los sermones de su señor. ¿Qué quiere decir todo esto? Siguiendo nuestro contexto, podríamos interpretarlo así: ya más consciente y atento a las palabras y acciones de don Quijote=texto, Sancho adquiere cada vez más informaciones. Y en el intento de entenderlas, discute e influye en él, haciendo así su relación cada vez más intensa. Así es como Sancho Panza se hace un lector activo y verdadero.

No obstante, las informaciones que Sancho=lector recibe no son siempre congruentes. Al contrario, son a veces contradictorias y, por consiguiente, difíciles de entender. Dicho con mayor propiedad, son ambiguas. Ahora bien, según la «teoría de la recepción», el texto, por más densamente que esté constituido, está lleno de espacios vacíos –la llamada «indeterminación»–, que se ofrecen a ser ocupados por el lector y así guían o motivan la evolución de interacción entre texto y lector. Entonces, en el caso al que nos referimos, ¿cuál sería la «indeterminación»? Según nuestro parecer, la «indeterminación» acerca de don Quijote=texto es la mezcla de cordura y locura que caracteriza la persona del caballero. Por ejemplo, en la aventura de los leones del capítulo 17 de la segunda parte, don Diego de Miranda, el del Verde Gabán, que

hasta entonces estaba todo atento a mirar y notar los hechos y palabras de don Quijote, le califica como sigue: «era un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo. (...) porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto». Este juicio no es exclusivo de don Diego, sino más bien común entre los que tienen contacto con don Quijote. Este «¿estar cuerdo o loco este caballero?» es el motivo por el cual ellos tratan con él íntima o formalmente según los intereses y temperamentos de cada uno.

Este entrevero de cordura y locura del caballero es también el estímulo mediante el cual Sancho=lector corresponde a don Quijote= texto. Y con su imaginación flexible plenamente desplegada, Sancho hace la complementación de los espacios vacíos del texto, como dice la «teoría de la recepción». A continuación, vamos a explicar el proceso de la interacción y la complementación mutua entre ambos.

El punto de partida de la relación de don Quijote y su escudero es la aventura de los molinos de viento, donde al ver a su amo embestir contra ellos, creyéndolos gigantes, Sancho Panza, hasta entonces sumergido en la rutina cotidiana de todo labrador, se queda totalmente atónito y le reprende blandiendo su sentido común. Aquí, en este momento, se expresa íntegramente la muy divulgada y manoseada antítesis de «alma y carne» o «ideal y realidad» entre amo y escudero, aunque vista la novela en su totalidad, este esquema de antinomia queda desprovisto casi completamente de sentido. Empezando por este suceso un poco caricaturesco, le acaecen seguidamente muchas aventuras, tales como las de los rebaños de ovejas, de los galeotes, etc., etc., y el caballero perora largamente sobre cada una de ellas.

Por otra parte, Sancho=lector, que mira a su amo=texto desempeñar su papel y le escucha atentamente, aplica al texto su propia suposición convencional o código acostumbrado o, si se quiere, simplemente la manera de ver la cosas que ha abrigado y fomentado durante tanto tiempo como labrador manchego e intenta leerlo con las expectativas, por ejemplo, de hacerse rico con el botín o hacerse gobernador de una ínsula prometida. Sin embargo, con el avance de la lectura, su expectativa es defraudada o modificada por las informaciones adquiridas del texto, si bien es verdad que él mismo por su parte también afecta al texto

de una manera u otra. Así es como se establece un movimiento zigzagueante entre don Quijote=texto y Sancho=lector. El destacado crítico inglés Terry Eagleton, comentando la teoría de Iser, dice que «The most effective literary work for Iser is one which forces the reader into a new critical awareness of his or her customary codes and expectations. The work interrogates and transforms the implicit beliefs we bring to it, 'disconfirms' our routine habits of perception and so forces us to acknowledge them for the first time for what they are. (...) in the act of reading, our conventional assumptions are 'defamiliarized', objectified to the point where we can criticize and so revise them. If we modify the text by our reading strategies, it simultaneously modifies us». Muy bien dicho. A nosotros nos parece que dicha modificación mutua o interacción entre texto y lector es el concepto que expresa más exacta y hondamente la relación de nuestro héroe y su escudero.

Pues bien, después de partir de los dos polos opuestos, es decir, ideal y realidad, amo y escudero, compartiendo muchas penas y pocas alegrías en su largo y duro viaje, se ejercen influencias y con su respectivo código, muy alejado uno de otro, «se extrañan» recíprocamente, usando un término de los formalistas rusos. El efecto de este «extrañamiento» se nota más fácilmente en la persona de Sancho Panza y de varios modos, uno de los cuales es su cambio de forma de hablar. Por ejemplo, en el capítulo 5 de la segunda parte, cuando Sancho está muy alegre esperando la nueva salida con su amo, y habla de una manera afectada, su mujer Teresa indica el cambio de su marido, diciendo así: «Mirad, Sancho; después que os hicisteis miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda». Ya en este momento, Sancho ha llegado a encontrar placer en manejar el lenguaje caballeresco o quijotesco; dicho de otro modo, ya ha saltado de la baja barrera de la rutina cotidiana y ha empezado a probar con gusto las cosas metafísicas como fama y poder.

Por su parte, la locura de don Quijote va disminuyendo poco a poco, absorbida por Sancho y la realidad circundante, como consecuencia del «extrañamiento». Y es en el capítulo 10 de la segunda parte donde parece que la línea descendente del ideal de don Quijote y la línea ascendente

de la realidad de Sancho se cruzan, constituyendo así uno de los clímax de la novela.

Al empezar su tercer viaje, don Quijote va al Toboso para ver a la dama de sus pensamientos. Y para que arregle el deseado encuentro, envía de antemano a Sancho, quien se ve en un gran aprieto, a causa de una serie de mentiras que había inventado en ocasión de la falsa embajada de antes. No obstante, aprovechando la inopinada aparición de tres labradoras sobre tres borricas y abusando de la fe de su amo, las transforma en Dulcinea y dos de sus damas. Don Quijote sale, pero no ve nada más que la realidad escueta de tres campesinas feas. Es una escena famosa donde fantasía y realidad chocan, haciendo saltar chispas, en el interior de nuestro caballero. Lo que importa aquí es que los papeles que hasta entonces desempeñaban el amo y su escudero se trocaron por primera vez. Es decir, en este caso el que introduce la quimera caballeresca en la realidad cotidiana es Sancho Panza y don Quijote ve la realidad tal como es.

A estas alturas, hay que poner énfasis en que el acto de leer no es de ninguna manera un movimiento en forma de línea recta, sino un ejercicio muy complejo, que en realidad sigue un curso zigzagueante y de ida y vuelta, lleno de peripecias y vicisitudes, como lo es la lectura que hace Sancho Panza. Ya mucho antes de la teoría de la recepción, Jean Paul Sartre dijo: «En lisant, on prévoit, on attend. (...) la lecture se compose d'une foule d'hypothèses, de rêves suivis de réveils, d'espoirs et de déceptions; les lecteurs son toujours en avance sur la phrase qu'ils lisent, dans un avenir seulement probable qui s'écroule en partie et se consolide en partie à mesure qu'ils progressent, qui recule d'une page à l'autre et forme l'horizon mouvant de l'objet littéraire». Efectivamente, la lectura de Sancho Panza está llena de engaños y desengaños, esperanzas y decepciones. Es una actividad fluctuante cargada de previsiones y retrospecciones, como señala Sartre.

Si se mira atentamente, entre don Quijote y Sancho se encuentran casi todos los sentimientos humanos: amistad, apego, respeto, ira, repulsión, decepción, alegría, tristeza, etc., etc. Además, cuando Sancho sale para gobernar la ínsula Barataria, se percibe (¡cosa increíble!) aun celos de don Quijote hacia su escudero. Como indicó Gerald Brenan con

toda razón, las relaciones entre caballero y escudero tienen cierta semejanza con las de una pareja matrimonial.

Así y todo, la actualización del texto avanza sin cesar gracias a la interacción de amo y escudero y se acerca al desenlace donde se revela el sentido último del acto de leer. Cuando, en el capítulo 64 de la segunda parte don Quijote es vencido definitivamente por el caballero de la Blanca Luna, a Sancho le parece que todo aquel suceso pasaba en sueños y era cosa de encantamiento. Pero nuestro caballero atribuye la derrota a su flaqueza por vez primera, y no a los encantadores como había hecho hasta entonces. ¿Qué significaría el hecho de que don Quijote ha dejado de recurrir a los encantadores? Nada menos que un abandono, aunque todavía no total, de lo textual que es él mismo, porque encantamientos y encantadores son los elementos constitutivos de los libros de caballerías. Ahora, a don Quijote, que ha salido de la esfera libresca, no le queda más remedio que volver a su aldea y morirse vuelto Alonso Quijano el Bueno.

Consumación del acto de leer

Regresado a su casa, don Quijote cae gravemente enfermo. Según el parecer del médico, melancolías y desabrimientos le acababan. Ya despierto de su locura en el lecho de muerte, niega toda la caterva de libros de la andante caballería; dicho de otra manera, aquí en este momento, nuestro caballero deja final y definitivamente de ser el texto. Y cuando le pide perdón al escudero por las locuras en que le hizo caer, Sancho contesta: «Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver».

Es una escena conmovedora y al mismo tiempo muy problemática, a la cual muchos críticos y escritores han dedicado sus opiniones. Entre otros, Jorge Luis Borges dijo que el libro entero ha sido escrito para esta escena, para la muerte de don Quijote. Ahora, para nosotros que queremos considerar esta novela inmortal como un fruto de la interacción o la influencia mutua de don Quijote=texto y Sancho=lector, ¿qué sentido e importancia tendría esta última escena?

Cansado de sus aventuras y absorbidas su fe y locura por el mundo, don Quijote se muere, después de negar los libros de caballerías en que se apoyaba y dejando así de ser el texto. Por su parte, Sancho Panza ha llegado a un nuevo estado de cognición, en virtud de su continuo y diligente acto de leer a su amo. Seguramente, Sancho ha llegado a conocer que su vida de labrador que había sido cerrada se ha activado y renovado por medio del loco viaje con su amo. Seguramente Sancho se siente más liberado y está viendo otro mundo. Dicho a la manera de Octavio Paz, Sancho se trasciende a sí mismo y se revela a sí mismo en la llamada «otredad» o la «esencial heterogeneidad del ser» que todos nosotros encerramos en el interior. Octavio Paz dice así en su inimitable poética *El arco y la lira*: «La experiencia poética no es otra cosa que revelación de la condición humana, esto es, de ese trascenderse sin cesar en el que reside precisamente su libertad esencial». Admitiendo esto como lo admito, ¿qué sería la nueva cognición de Sancho al final de la novela sino cristalización de la experiencia poética, esto es, de la persistente y dura lectura?

Don Quijote=texto es vencido en el mundo o en la realidad, pero consigue, al mismo tiempo, el gran triunfo literario de hacer que Sancho=lector se trascendiera o encontrara su «otredad» esencial en su interior. Consecuentemente, la derrota y muerte de don Quijote están bien pagadas. Aquí podemos reconocer qué tipo de lector o qué clase de lectura hace válido un libro, que es inválido por sí mismo en la realidad. Es en nuestro Sancho Panza donde se revela cómo debe ser la experiencia poética en el sentido más riguroso de la palabra.